

El Director  
Sufragista



HERMENEGILLO PROVINCIAL  
SOFIA MORENO DIRECTORA  
ALMERIA

Año I Núm. 5

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN  
En esta, un mes. . . . . 0'50 pesetas  
Demás pueblos del distrito. . . . . 0'55  
Provincias, el trimestre. . . . . 1'75  
Extranjero, " " " " " 2'50

PAGO ADELANTADO  
Redaccion y Administracion: SOTO, 17  
No se devuelven los originales

# EL LIBERAL

Vélez-Rubio, marzo 1 de 1917

TARIFA DE ANUNCIOS

en cuarta plana  
La plana, un mes. . . . . 12 pesetas  
Media id. . . . . 7  
Un cuarto id. . . . . 4  
" octavo id. . . . . 2'25  
" dieciséisavo . . . . . 1'25  
Esquelas de defunción, reclamos, sueltos, comunicados, etc., precios convencionales.

Semanario defensor de los intereses regionales

## EL MUNDO QUE MURIÓ

También yo, como el insigne Ortega Muñilla, aunque en época muy posterior, conocí y traté al poeta de las Orientales, al último trovador cuyo centenario va a celebrarse. Hablé por primera vez, lleno de emoción y respeto, a don José Zorrilla una noche, allá por el año 1886, en el «Saloncillo» del teatro Español. Por rara coincidencia, conocí en una misma noche al autor de «Don Juan Tenorio» y a «su más aplaudido Don Juan»; es decir, al gran actor que hizo popular la famosa obra, fracasada años antes al estrenarla Matilde Díez y Latorre. Autor y actor pertenecían ya más al pasado que al presente, hundidos los dos en esa penumbra glacial de las grandes figuras que, al sobrevivirse, comienzan a ser fantasmas gloriosos. El actor era don Pedro Delgado.

Por qué se hallaban en el «Saloncillo» aquella noche el vate inmortal y el viejo comediante? Creo recordar que se representaba «Don Juan Tenorio» y que la función era precisamente a beneficio de don Pedro Delgado, anciano ya y en situación precaria.

Primero llegó el beneficiado. Me parece que le estoy viendo. Encorvado, envuelto en una pobre capa raída, con esa timidez de la miseria cuando se pone a plena luz, saludó balbuciente a don Antonio Vico, que se caracterizaba ante un espejo, y fue a sentarse, silencioso y encogido, en un rincón del «Saloncillo» en que advertí un poco de sombra. Su único ojo sano parpadeaba nerviosamente, como asustado de la claridad.

En cambio, un rayo de luz, indiscreta, arrancaba un extraño reflejo a la inmóvil y redonda pupila de cristal, pupila de alimantá diseñada de su ojo postizo. Yo no podía apartar mis miradas de aquella triste figura encogida y vergonzante. Acaso me atraía aquel resplandor, algo alucinante, hipnótico, del ojo de vidrio. Pensaba además, con cierto vago temor, por lo mismo que yo empezaba a vivir, en las durezas y crueldades de la vida. ¿Que es llegar al éxito—me preguntaba—si después del éxito puede caerse todavía en esta miseria que tengo ante los ojos? Porque aquel viejo encogido, avergonzado, que acudía al teatro de sus propios y memorables triunfos para recoger una limosna de manos de sus compañeros, había sido un hombre de noble belleza varonil, el verdadero «galán joven», y, sobre todo, un artista halagado mil y mil veces por las auras de la gloria escénica. Su nombre, unido a los extremos de «El tanto por ciento», de «El haz de leña», a los éxitos del «Tenorio» y del «Sancho García», había recorrido, en aplauso, los ámbitos de España.

La entrada de Zorrilla en el «Saloncillo» interrumpió mis reflexiones. Le reconocí en el acto, como se reconoce a los hombres célebres cuyos rostros nos ha hecho familiares la constante reproducción en retratos, ilustraciones y periódicos. ¡Pero qué enorme emoción al hallarme ante el propio poeta! Me pareció de pronto que me circundaba una inmensa onda de armonía. La armonía de sus versos, familiares desde la infancia a mi corazón y a mis labios.

Cenía el menudo cuerpo del cantor de Granada la clásica capota romántica y de las alas del sombrero de copa se escapaban sus blancas y largas melenas de trovador. Saludos, efusiones. La mano del poeta, buril de belleza, estrechó benévola la mía. ¡Ah, noche

memorable! De repente, el viejo del ojo de vidrio, siempre envuelto en su capa, salió de su rincón de sombra. Su mano perlática, torpe, mano de alcohólico, se extendió buscando la de Zorrilla. El poeta contuvo un movimiento de extrañeza, casi de retroceso, y luego se quedó mirando fijamente al anciano que solicitaba su saludo. ¡Oh, lo recuerdo como si fuese ayer! Entonces, mientras la pupila de vidrio relucía, redonda, obsesivamente, inmóvil, en el rostro, una lágrima se desprendió del ojo sano, resbalando lenta por las mejillas, y oímos una voz, un sollozo, que decía: «¡Pepe, Pepe!... Pero ¡no me conoces? ¡Es posible?... ¡No me conoces?» No, no lo conocía. Y era su intérprete de cien noches de gloria, del «Sancho García», del «Tenorio», del «Traidor, inconfeso y mártir», de «El zapatero y el rey». Hubo que pronunciar el nombre de don Pedro. Por fin, el poeta y el actor se abrazaron. Me pareció no sé por qué, que fué un abrazo sin efusión, abrazo de viejos, que suelen tener el corazón demasiado curtido. Don Pedro Delgado se despidió. Le corría prisa recoger en la Comtaduría los ochavos de aquel beneficio. Zorrilla, con voz gangosa, irritada, como si el contacto de aquel abrazo le hubiese sido penoso, apenas don Pedro traspuso la puerta, hizo esta observación: «Huele a aguardiente.» Sí, sí, era verdad: A mi también me había parecido advertirlo.

Así como yo a D. José Zorrilla.

Años más tarde, algunos después de la muerte del poeta, me tocó asistir, en mis andanzas de periodista, a la traslación de su cadáver desde la sepultura provisional de Madrid al mausoleo valisoletano. Un curioso episodio, algo macabro, se me siempre en mi memoria al recuerdo de aquel viaje. El féretro de Zorrilla, colocado ya en el artilugio (lo llamo así porque era bastante antiartístico) que había de servir para la ceremonia de Valladolid, fué colocado en una batea del tren. El artilugio remataba en un busto del propio poeta o en una figura alegórica—la Gloria, la Inmortalidad quizá—que alcanzaba bastante altura. Periodistas y literatos ocupábamos un departamento, en amigable compañía. Iban, entre otros, Villegas, Roure, Taboada. Se habían recitado versos del muerto inmortal cuyas cenizas llevábamos en el tren. Al llegar a lo alto de la Sierra alguien de nosotros declamaba con gran énfasis:

«Cumbres del Guadarrama y del Fuentría, baluartes de la tierra castellana...

Y penetró el tren en el túnel que une las dos Castillas, boquete inmenso de varios kilómetros, obscuro agujero en que el tren parece jadear fatigado.

De pronto, a la mitad de un endecasílabo el declamador, que para mayor solemnidad recitaba de pie en el centro del vagón, enmudeció y se vino de bruces sobre sus oyentes. Al mismo tiempo las maletas y portamantas caían sobre las cabezas de los que estábamos sentados. El tren había hecho una parada violenta, sospechosa, en mitad del túnel. Interrumpida la corriente de aire, engendrada por la misma marcha del convoy, el humo de la máquina, denso, pegajoso, impregnado de la humedad subterránea, arañaba nuestras gargantas, nos sofocaba. Entretanto un silbido ronco, prolongado, aumentaba la alarina general. Se oía el golpeteo de porte-

zuelas abiertas con apremio. Muchos viajeros se apeaban y entre la obscuridad y la humedad se interrogaban unos a otros. «¡Eh, caramba! Pero ¿qué sucede?», se oía gritar. Unos creían que habíamos descarrilado, otros aseguraban que se había inutilizado la máquina, otros, que se hundía un trozo de bóveda. Lo cierto era que el tren seguía parado y que el humo hacía imposible la atmósfera.

A Taobada, tranquilo, fatalista, se le ocurrió decir, sacando el reloj: «Pues el expreso descendente debe estar al llegar...» Algunos palidecen. Roure se siente indispuerto. Por fin, un mozo de tren que pasa junto a nosotros alumbrándose con una linterna, nos explica «el siniestro». La cabeza de Zorrilla, del busto, o de la estatua en cartón de la Inmortalidad, se había hecho mil pedazos contra un saliente de la bóveda. El artilugio fúnebre en que iba el ataúd con los restos del poeta, removido y desequilibrado, tropezaba con el revestimiento del túnel. A poco sonaron unos golpes, que en la oscuridad del negro agujero, retumbaban siniestros. Se descabezaban a toda prisa las esculturas alegóricas, se aseguraba el féretro sobre la batea. Lo indispensable era salir del túnel, porque la respiración se hacía ya penosa.

Cuando el aire puro de la Sierra llegó nuevamente a nuestros pulmones nos pareció a todos que salíamos de un infierno. ¡Con qué placer, después de haber estado encerrados más de veinte minutos en la tenebrosa caverna de muros de granito, roídos por la gota de agua «sepe cadendo», contemplamos el cielo sombrío del Guadarrama, en que parpadeaban las estrellas!... Tenaz el declamador, pretendió reanudar la velada poética. Y otra vez:

«Cumbres del Guadarrama y del Fuentría...

Pero los rostros estaban descoloridos y los nervios en tensión. El túnel había oscurecido, el humo, el cruir del féretro sobre la batea. ¡Ah, no! ¡Nada de versos! Fué mal acogida incluso una observación de Taboada, cuya actitud estoica durante la alarma había indignado a algunos de sus compañeros de viaje: «¡No os parece que huele a muerto?», se le ocurrió decir al incorregible Luis...

Aun de mañana llegamos a la ciudad cuna del poeta, que esperaba amorosa sus cenizas para darles sepultura definitiva.

¡Con qué terrible diligencia la Implacable Segadora ha tendido su hoz en estos veintitantos años transcurridos desde entonces, derribando vidas ilustres, tronchando las últimas espigas, la mies ya caduca de aquella generación española! Por aquel mismo «saloncillo» del teatro Español en que conocí a Zorrilla he visto yo desfilar a tantas, tantas figuras, que apenas si son ya un recuerdo, una lejana y confusa niebla en nuestra vida... Echegaray, Tamayo, Gaspar, Núñez de Arce, Ferrari, Manuel del Palacio, «Clarín», Valera, Vico, Rafael Calvo... Allí, en ese mismo «saloncillo», en noches solemnes de estrenos o de beneficios, vi yo por primera vez de cerca a Castelar, a Cánovas, a Martos, a Pidal... Es «el mundo que murió», el mundo que se ha ido. Era la España de las parejas: de Sagasta y Cánovas, de Gaiarre y Massini, de Campoamor y Núñez de Arce, de «Lagartijo» y «Frasuelo», de Calvo y Vico... ¿Mala? ¿Buena? ¿Mejor que esta España del año 17? ¿Peor acaso? Yo no lo sé. Sé que era la España de mi juventud... ¿Cómo no amarla un poco?...

LUIS LOPEZ BALLESTEROS.

## Nuevas orientaciones

El primer número de EL LIBERAL que ha llegado a mis manos, lo he leído con sumo deleite, con incomparable fruición. Ha sido una nota cristalina, de sonidos metálicos, pero rientes, armoniosos como ciertas ferretas de Wagner, y a la vez enérgicos y decisivos, como algunos *allegrettos* del sublime autor de «La Walkyria».

Desde hace mucho tiempo nuestro pueblo vegeta, o más bien, muere entre las tiranías de los genuinos representantes de arcaicas tradiciones, y los blasonadores de liberalismos que jamás tuvieron en cuenta su credo para sus procedimientos de gobernantes. Ambas tendencias, en provecho propio y de allegados, han desgarrado las energías públicas de forma que bien pudiéramos tildar de criminal, pues con la ruina económica, que ellos provocaron en su desastrosa actuación, ha venido el desastre moral, último baluarte en que pudo apoyarse el aluvión del resurgimiento.

Recientemente, con ansias de mejorar la idiosincrasia velezana, queriendo imprimir nuevas y más sanas orientaciones en la vida pública de nuestro pueblo, hubimos de reunirnos un núcleo juvenil, que si no logró alcanzar sus propósitos, sembró la semilla que ya empieza a dar sus frutos.

Esta juventud, con sus noblezas, sus altruismos, su desinterés, estuvo recluida en su torre de marfil, mientras la intransigencia fue dueña y señora de las cosas; pero hoy que ha visto que los ideales puros tienden a entronizarse, que los principios sanos, liberalizadores, adquieren su debida preponderancia al amparo de nobles personalidades hártas ya sin duda de ilegalidades, que quizás maquiavélicamente, hasta ahora, estuvieron ocultas, han abandonado ya aquellos legítimos y justificados retraimientos, para sumarse a un movimiento que tiende a desterrar los absurdos rutinarios que han sido la base de nuestra máquina administrativa, y restablecer en ella los principios que son la norma de la vida moderna.

En ninguna ocasión pudo ser más oportuna ni provechosa esta nueva orientación, pues de haber persistido su abstención de intervenir en la vida pública, pudo tachárselo de sistemática, y hasta de inútil para toda labor trascendente y provechosa.

La ilustre personalidad que nos representa en Cortes, haciendo honor a su tradicional liberalismo, se ha despojado de prejuicios y compromisos, afanosa del bienestar de nuestro pueblo, y ha entregado las riendas del poder a otra, también ilustre personalidad, encanecida en el ejercicio del liberalismo, y que, abandonando comodidades y tranquilidad, ha echado sobre sus hombros la ardua, pero noble misión de encauzar nuestro pueblo por las corrientes del progreso y de la libertad.

En tales circunstancias era digno, era correcto, era siquiera humano, permianecer en el retraimiento y no sumarse a aquellos que quieren llevar a la práctica lo que ha constituido siempre nuestro más bello ideal, esto es, democratizar nuestras costumbres y hacer administración útil y honrada?

Necio error hubiera sido sostener tal actitud, pues ella quizás habría acarreado dificultades a los que llegan revestidos de los más nobles propósitos, y en cambio, favorecido a aquellos otros que, con sus desaciertos y malsanas ambiciones, trajeron a nuestro pueblo al estado de abulismo y depauperización en que hoy se encuentra.

Desde estas tierras andaluzas, cuna de libertades y democracias, os envío mi espiritual adhesión, ya que otra cosa no es ahora posible, en la actitud que habeis adoptado, en